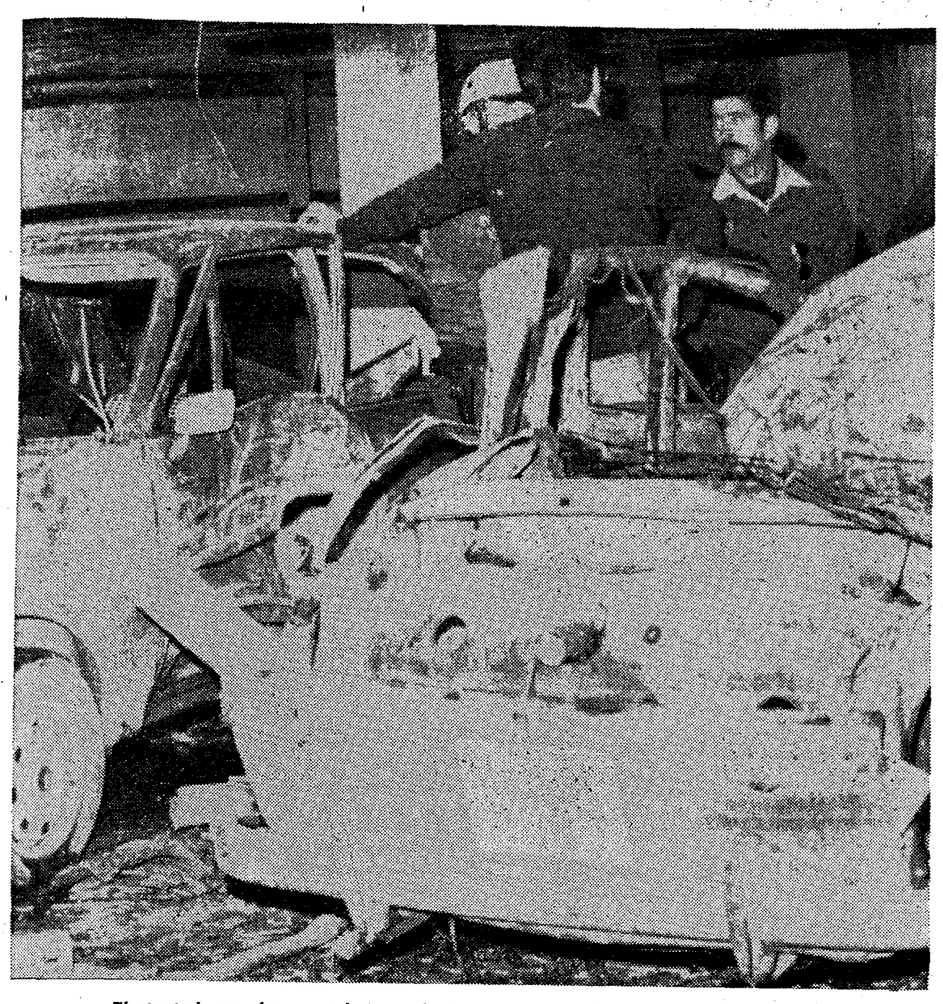
Primer atentado mortal en la Comunidad Valenciana



El atentado en el aparcamiento pudo tener consecuencias más amplias. (Foto Palanca)

La capilla ardiente, instalada en el cuartel de la Alameda. (Foto Palanca)

El teniente de la Policía Nacional quedó completamente destrozado al explotar una bomba

La familia intuyó que Emilio era la víctima

A las ocho y media de la mañana, el policía nacional Emilio García Martínez salía de su casa para coger el coche que tenía estacionado en el garaje sito en la plaza del doctor López Ibor. Abrió la puerta del automóvil, un «Renault» 8 viejo con matrícula de Madrid, y al poner la llave de contacto y accionarla, según versiones oficiales, se produjo una enorme explosión que se oyó en toda la barriada.

Su familia, que se encontraba en esos momentos en casa, al oír el estruendo pensó instintivamente que algo le había ocurrido al padre, por lo que su hijo, de 19 años, bajó rápidamente los dos pisos hasta llegar a la calle, se introdujo en la rampa que baja al garaje y se encontró con el coche de su padre completamente destrozado, se acercó, y Emilio García Martínez aún tuvo fuerzas para ordenar que llamase a la policía.

Con la ayuda de dos vecinos que acudieron al oír la explosión, sacaron al herido del coche y lo depositaron en tierra mientras, con un extintor, apagaban las llamas y el hijo de la víctima llamaba por teléfono al 091. A los pocos minutos acudió una unidad policial que trasladó al herido a la unidad de quemados de la Ciudad Sanitaria de La Fe donde, al inspeccionarlo, se percataron de que había algo más que quemazos. Según pudo saber LEVANTE, la víctima presentaba «shock» traumático muy grave, con quemaduras en toda la parte dorsal del cuerpo, espalda y extremidades superiores, con desaparición de cabello, rotura de varias costillas, hematura —orinaba sangre, probablemente por graves heridas en ambos riñones—. Pese al estado casi irreversible en que se encontraba, se le practicó transfusión de sangre y plasma, masaje cardíaco y otros medios de reanimación, sin que se pudiera evitar su muerte, que se produjo a las 10,30 de la mañana.

EXPLOSION POR LA ESPALDA

Fuentes médicas consultadas aseguraron que, a tenor de la localización de las heridas que presentaba, cabe suponer que la explosión tuvo lugar a sus espaldas, bien debajo del asiento, bien en la parte trasera del vehículo.

Los restos mortales de Emilio García Martínez fueron trasladados, sobre las dos de la tarde, desde el Instituto Anatómico Forense hasta la Bandera 31-Galicia 6 de la Policía Nacional, situada cerca de la Alameda, donde en la sala de banderas se instaló la capilla ardiente. El traslado del cadáver se efectuó en coche funerario, acompañado de tres automóviles y una furgoneta policial.

Sobre las tres, la esposa de la víctima y sus dos hijos mayores llegaron hasta el acuartelamiento a bordo de un automóvil policial. Gravemente afectados —la esposa, con síntomas de haber sido medicada contra el «shock» sufrido— recibieron el pésame de oficiales y números que se encontraban presentes.

JEFE SUPERIOR: «YA HAN LLEGADO»

Una de las primeras reacciones tras el atentado fue la del jefe superior de Policía, Carlos Enrique Gómez Ramón, quien, después de calificar los hechos de repugnantes, manifestó que existía una ligera idea de los autores y que todos los medios disponibles de la Brigada Regional de Información estaban trabajando de cara a corroborar la hipótesis.

«Lamento —dijo— este hecho contra un servidor del orden público que empaña la convivencia ciudadana. Estamos haciendo lo posible para tratar de clarificar los hechos y detener a los autores.» El mismo jefe superior de Policía desmintió que se hubieran instalado controles en las salidas de la ciudad y en su interior.

Ya en el cuartel del paseo de la Alameda, donde está instalada la capilla ardiente, el comandante de guardia manifestó su repulsa, aludiendo también a la rareza de que este tipo de atentados se produzca aquí en Valencia. Un poco resignado dijo que «bueno, ya han llegado aquí los crímenes del terrorismo, para atentar contra aquellos que no hacen mal a nadie y que están sirviendo al interés de la sociedad».

«NO ENTIENDO POR QUE»

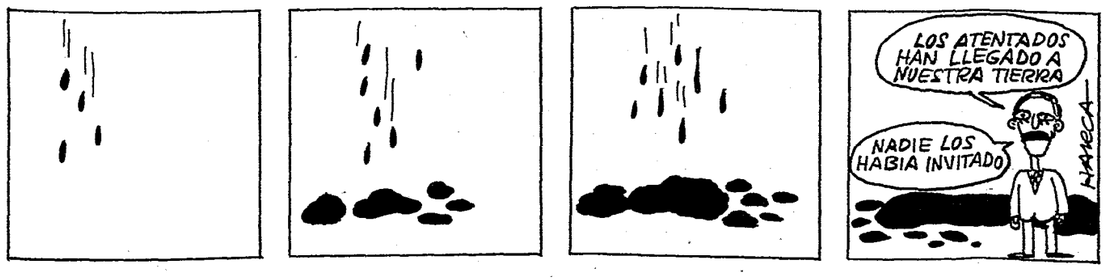
«No llego a comprender por qué han asesinado a mi padre», afirmó la hija de Emilio García Martínez, quien tras visitar la capilla ardiente de su padre se trasladó a su domicilio acompañada de su madre. «No comprenderé nunca cómo pueden asesinar a un señor que ha ido derramando amor por allí donde ha estado. Mi padre era una buena persona y no merecía esto.» Terminó con sollozos y lágrimas contenidas.

El teniente de Policía Nacional asesinado, Emilio García Martínez, había nacido en Navas de Jorquera (Albacete) el 5 de septiembre de 1935. Ingresó en la policía en enero de 1959, ascendiendo a sargento en 1974 y a teniente en julio de 1980, sus inmediatos destinos anteriores habían sido en Valencia, Madrid y Vitoria, trasladado a Paterna en octubre de 1980, tras su reciente ascenso a teniente. Hombre de intachable conducta, estaba considerado como un policía ejemplar. Casado con María Bolsa Puente, celebraba anteayer, día 17, el vigésimo aniversario de su matrimonio, del que tiene dos hijos: Emilio, de 19, y María Pilar, de 17. El explosivo que le causó la muerte estaba compuesto por un kilo de cloratina —pólvora prensada—.

A las ocho fue oficiada una misa ante el túmulo del teniente García Martínez, con asistencia del coronel jefe de la tercera circunscripción de la Policía Nacional, Gerardo López-Cuadra; jefe superior de Policía, Carlos González, y otras autoridades de los Cuerpos de Seguridad del Estado, así como numerosos funcionarios. La ceremonia tuvo carácter privado, estando presentes solamente los familiares, los mandos antedichos y los miembros de los cuerpos del orden.

Miguel OLMOS

Fotos: J. PALANCA



Contra la barbarie

Una nueva víctima, en esta ocasión un oficial de las fuerzas de seguridad con destino en esta tierra, viene a sumarse a la larga y bárbara lista del catálogo de horrores perpetrados por las bandas terroristas. Esta nueva sangre derramada viene a sumarse a la de aquellos ciudadanos, muchos de ellos servidores y garantes de la paz cívica, asesinados por una minoría de alimañas, instalados en el odio y la irracionalidad, frente a una sociedad que se ha demostrado a sí misma, pese a las dificultades del camino, capaz de autogobernarse pacífica y democráticamente, respetando en civilizada confrontación dialéctica las discrepancias que surgen en su seno.

Pero es, precisamente, esta capacidad de convivencia del pueblo español contra la que los fanáticos de la metralleta o la goma 2 dirigen su siniestra conspiración. No hay un objetivo individual en la sangrienta elección de sus víctimas. Son puñaladas por la espalda a toda una sociedad y a un sistema de libertades democráticas asumido por la abrumadora mayoría de los españoles y que, pese a las intentonas involucionistas y a la ceguera terrorista, viene funcionando hace ya más de siete años.

No es casualidad que el zarpazo terrorista vuelva a aparecer en escena cuando los españoles nos disponemos, una vez más, a ejercer el supremo derecho democrático: El de elegir a nuestros gobernantes. Cada paso que consolide la democracia aplasta, aún más, los intereses de esta mafia de la violencia, cuya única carta de existencia, frente al discurrir democrático de España, consiste en una larga lista de muertes y atentados. La memoria de estos últimos tiempos nos recuerda que cuando el calendario se aproxima a algún acontecimiento político de importancia la oscura trama terrorista, de uno y otro signo, apunta con sus armas a la nuca de todo un pueblo. Desaparecida, por la fuerza de los hechos, todo rastro de coartada ideológica, tras las bombas y las balas no queda otro rostro que el del crimen, enfrentado a una sociedad entera que ha demostrado, reiteradamente, no caer en la trampa de la historia ni de la desestabilización. Una sociedad que ha manifestado, inequívoca y rotundamente, estar al lado de las víctimas, en este caso, al lado del teniente Emilio García Martínez, quiera que sean.

L